

LAS PALABRAS SEMILLA

(Sobre *Mientras cenan con nosotros los amigos*,
de Avelino Hernández)

Olga Martínez Dasi

Editora de Candaya y Profesora del Instituto Eugeni d'Ors
de Vilafranca del Penedès

Durante los últimos nueve años —en un discreto y humilde rito que, ahora me doy cuenta, cobra sentido en la repetición—, una muchacha de 16 o 17 años (no sabría explicar por qué, pero siempre son chicas las que eligen este texto) ha leído estas palabras en el camposanto de Valdegeña: “Acabar, morir, sembrar, rebrotar, crecer, dar fruto; acabar, morir, sembrar, rebrotar, crecer... La vida es eso. Y esta tarde lo he aprendido”. La primera se llamaba Emma y venía de Canet de Mar. Fue el 29 de marzo de 2005. La última se llamaba Júlia y era de Vilafranca del Penedès. Y el recuerdo es muy reciente: del 20 de marzo de 2013.

En el libro es Marta (también una voz femenina) el personaje que pronuncia estas frases que son casi versos y acercan la última novela de Avelino Hernández a las emociones e intuiciones esenciales de la poesía. Por esta y muchas razones, *Mientras cenan con nosotros los amigos* es una novela muy peculiar, donde las historias se encadenan por asociaciones secretas y misteriosas (las de la imprevisible memoria) o por leyes tan azarosas como las que rigen las conversaciones de esos amigos a los que Avelino homenajea y que regalan veladas, reflexiones y relatos.

En este tramo de la novela, se yuxtaponen instantáneas de un mismo recuerdo: el que los amigos guardan de la muerte de los padres. Tras el último episodio rescatado (justamente el de la muerte y entierro del padre del propio autor: “¿Sabréis seguir sembrando a mano vosotros solos?”), Marta dice haberlo por fin entendido y esa última tarde (un 20 de marzo de cielo impúdico y azul en Valde-

geña, ya en 2013) también a mí me parece entender de verdad qué es eso de “sembrar, morir, rebrotar”. Pienso que los buenos libros esparcen semillas y que algunas alcanzarán tal vez a estos jóvenes que han leído y debatido en sus clases *Mientras cenan con nosotros los amigos* (con el fotógrafo César Sanz echamos hace poco la cuenta y casi superan los 1000) y que, de algunas, rebrotarán estimulantes ideas, sensaciones volátiles o inesperadas percepciones (“sembrar inquietudes” decía Machado/ Mairena).

De los escritos de mis alumnos, de los ecos que conservo de los prolongados diálogos que tuvimos, recupero desordenadamente algunas de estas reflexiones-semillas que “siembra” Avelino Hernández desde *Mientras cenan con nosotros los amigos*:

Uno. Escribir puede ser una forma de indagación interior; una novela, el intento de dar respuesta a algunas preguntas que inquietan. En *Mientras*



Almorzando o cenando, en las sobremesas con los amigos, Avelino cautivaba con su palabra.

cenan con nosotros los amigos, como en toda su obra, Avelino Hernández trata de responder a la que tal vez es la pregunta esencial: ¿Cómo vivir? Algunas anécdotas y algunos personajes dan pistas: la casa abierta de Campo del Agua, el paisaje mítico del escritor; el conmovedor respeto entre un maestro republicano represaliado (Don Máximo) y un viejo vagabundo (el señor Julián); los riesgos de Marta frente a las renunciadas de César Cayo, su apuesta por la libertad, por acercar sus circunstancias a los deseos y sueños más altos, a “los valores que amo”: vivir, el amor, la amistad, escribir..

Dos. Mientras *cenan con nosotros los amigos* es una invitación a gozar con intensidad de la belleza del mundo, a vincularse a ella, a impregnarse de ella: “Hay tantos racimos brindándonos su miel desde las parras de la propia vida”, es una rotunda afirmación de la felicidad (de la íntima y de la compartida) que, no casualmente, invoca a Epicuro: “las grullas que vuelven desde el sur”, “La mesa estaba dispuesta debajo de las parras. Entre los pámpanos tiernos apun-

taban los primeros zarcillos”, “han traído ya las acerolas las mujeres que bajan de la sierra”, “siempre lee libros infrecuentes; y siempre quiere que le escuchemos alguna historia”, “el vino verdejo de las bodegas del Duero”...

Tres. Hay gestos y seres que dignifican el mundo, y hacen mejor la vida del otro. Convertirlos en materia novelable puede ser una de las funciones del escritor. *Mientras cenan con nosotros los amigos* es un conmovedor muestrario de esas historias y personajes: los jóvenes que, en un bar de Águilas, conversan con un minero roto por la tos que siente la muerte cerca; la ternura y bondad de la pobre Veneranda que nada tenía, pero llevaba agua cada día a los niños de la escuela; el delicado acto de gratitud y orgullo del hermano cuarto que invierte su primer sueldo de inmigrante en dos *duwards*, uno para el padre y otro para el hermano pequeño, el único que ha estudiado.



La autora del texto señala la tesela conmemorativa, de la visita a Valdegeña, del IES Domènech i Montaner de Canet de Mar (Barcelona), 2007.

FOTO CÉSAR SANZ

Cuatro. Los objetos, cuando a veces se convierten en símbolos, trazan en el vivir tramas inesperadas, paralelas y más íntimas: en el peine de Pedro Mangada, que el narrador ha conservado tanto tiempo, perduran los años de lucha y dolor compartidos, en el reloj de bolsillo del adolescente comunero pervive intacto el impulso de la generosidad, que tanto ennoblece a los hombres; las palas de madera de ácere del pastor Xosé Vieira condensan una nítida lección de vida: “La vida está hecha de muchos momentos presentes, uno después de otro. Vivir es ir paciéndolos con bien. Uno después de otro” (176). Los objetos (peines, relojes, palas para la mantequilla, flores azules, botellas atadas a una servilleta, un *llaüt* de madera vieja, unos pantalones de pana...) son casi siempre elocuentes y densos, y por eso en *Mientras cenan con nosotros los amigos* se coleccionan y anudan las historias y el sentido.

Cinco. Es cierto que de *Mientras cenan con nosotros los amigos* se desprende una contagiosa serenidad, es un “manual actualizado de sano estoicismo” decía el escritor Juan Luis Calbarro, pero también es un libro que reivindica firmemente la necesidad de ciertas apuestas éticas, y cuando uno observa y analiza el mundo a la deriva que nos rodea es, o debería ser, inevitable (lo recordaba hace poco el poeta y politólogo Felipe L. Aranguren) que la reflexión ética se convierta en indignación y hasta en “santa ira”. Y por supuesto que hay clarividente indignación y necesaria denuncia en la novela póstuma de Avelino Hernández: contra las endemoniadas guerras en las que se recluta y ejecuta a los niños (como al adolescente al que fusilaron junto al general Torrijos), ante el dolor que provoca la intransigencia moral y religiosa (la terrible historia del juez Doñinos), contra los intelectuales lacayos del poder y del éxito (la



Una alumna del IES Domènech i Montaner, lee en el salón familiar de la casa de Valdegeña, el capítulo del reloj de “Mientras cenan con nosotros los amigos”. Ricardo, hermano de Avelino y su mujer Dolores, escuchan atentos. Valdegeña, 2007.

FOTO CÉSAR SANZ

fábula alegórica de Pee Gim), ante las perversas y sangrientas estrategias del dinero (como la que se fraguó una noche en el hotel Wellington), ante la insultante ignorancia y estulticia del poderoso (como el “egregio senador”) ...

Casi siempre se es ruidoso y propenso a la carcajada cuando se tienen 16 o 17 años, pero esa tarde de marzo, cuando yo pienso atropelladamente en todo esto y nos fijamos en que las cumbres del Moncayo están todavía nevadas, tan solo respiramos si-

lencio, ese “vasto silencio conmovido” sobre el que escribió un día el poeta Tomás Segovia. Sólo cuando ya bajamos por las calles empedradas, un muchacho comenta que le gusta que haya pocas lápidas en el cementerio, que está bien que tras la muerte se vuelva a la tierra y que pisemos esa tierra. Otro dice que también está bien que desde el camposanto de Valdegeña se vea esa inmensa llanura verde y ocre, que sorprendentemente —como nos explica Ricardo, el hermano cuarto de la novela— es muy alta, casi 1.200 metros.



“Acabar, morir, sembrar, rebrotar, crecer, dar fruto; acabar, morir, sembrar, rebrotar, crecer... La vida es eso. Y esta tarde lo he aprendido”. Una muchacha de Canet de Mar, lee el texto en el camposanto de Valdegeña. 2007.

FOTO CÉSAR SANZ